

Cantan articulando
casi á las claras:
«Si de veras me quieres,
di: ¿por qué tardas?
Alivia, hombre;
ven á hacerme la rueda:
te corresponde.»

—
Mas viendo sus ternezas
desatendidas,
optan, como quien dice,
por la ofensiva.
De todos modos
rehusan alianzas
con el descoco.

—
Avanzan ocultando,
bajo pretextos
razonables, la audacia
de sus intentos:
caracolean,
porque al sexo no placen
las líneas rectas.

—
Y aun marchan indolentes
y distraídas,
y acá y allá despuntan
las yerbecillas;
siempre alejando
la sospecha de que anden
á *picos pardos*.

—
Cuando, por fin, se avistan
los dos amantes,
firman *incontinenti*
los esponsales;
y en tales bodas
el cazador se encarga
de echar las gotas.

—
Hay un error insigne
y harto extendido
en suponer que tenga
tan fiero instinto
que se complazca
el pájaro en que mueran
sus camaradas.

—
Al pobre encarcelado
le engolosinan

con dimes y diretes
las campesinas,
y le disgusta
que plantado le dejen
huyendo bruscas.

—
Por natural impulso,
todos lo saben,
volaría tras ellas
de buen talante,
como lo indica
el afán de romperse
la coronilla.

—
A la explosión del tiro,
por el contrario,
si ve que permanecen
aleteando,
vivan ó mueran,
la transición ocurre
menos violenta.

—
Pensar de las perdices
en otra forma,
es invención absurda
y aun calumniosa,
pues para ellas
eso de vida y muerte
son bagatelas.

—
Lector: después de todo,
¿qué tal? ¿Te muelo?
No te descorazonces:
sigue leyendo;
que muchas veces...
«donde no piensa el galgo
salta la liebre.»

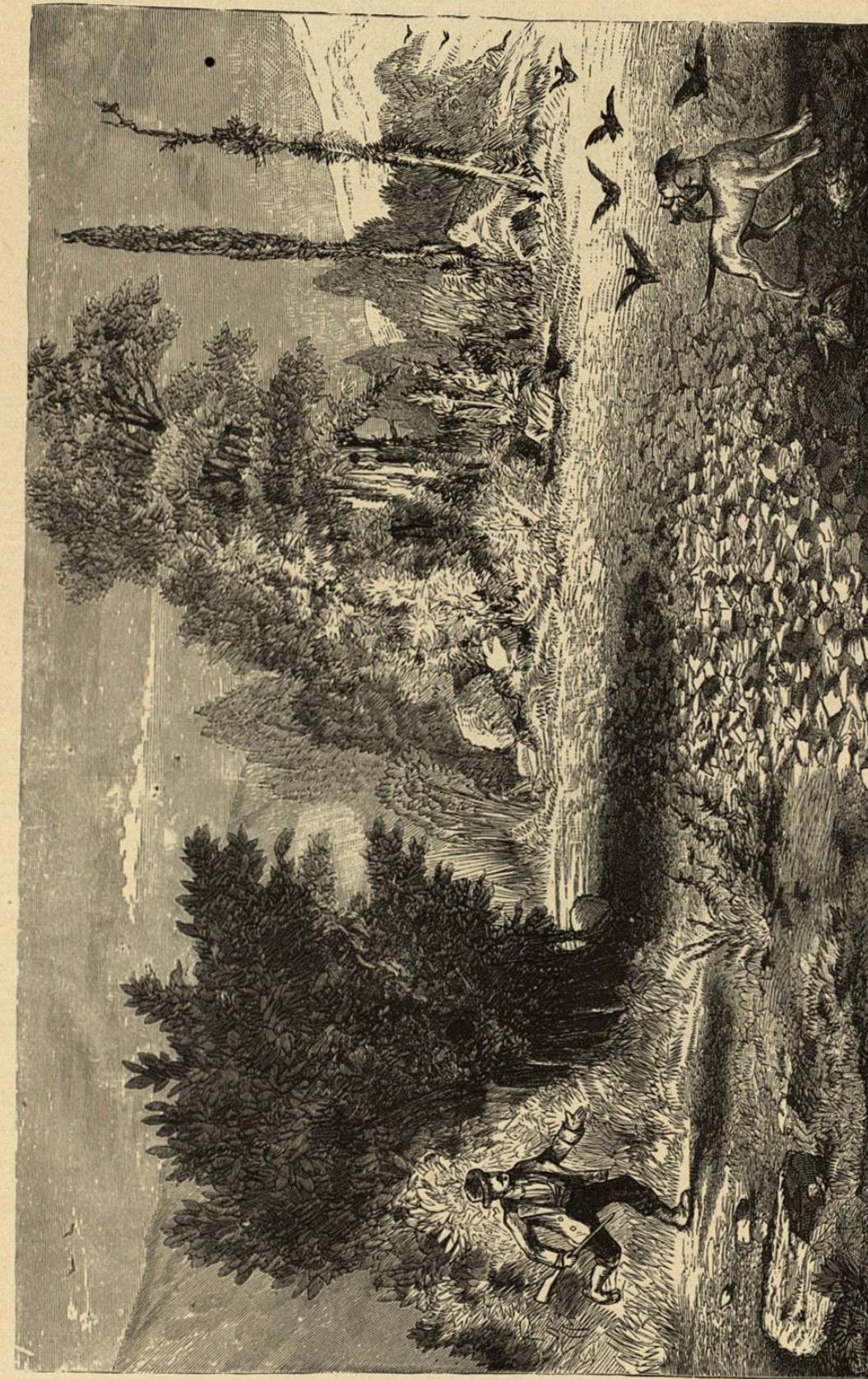
IV

Pocos cazadores podrán entre nosotros jactarse de conocer la caza del lagópedo, llamado más generalmente *perdiz de monte* ó *perdiz blanca*.

En los países del extremo norte, donde son muy abundantes, se emplea rara vez la escopeta para cazarlas. Como todas sus congéneres de la familia de los *traónidos*, son muy asustadizas, y procuran ocultarse

así que sienten la proximidad de un peligro. Por regla general, en invierno se ocultan entre la nieve, y los cazadores se aprovechan de esta circunstancia para apro-

ximarse hasta donde están y tender encima una red. Dando luego una palmada, se levantan y quedan presas entre sus mallas. Otros llevan unas varetas, á cuyo



Un día de fortuna

extremo ponen un lazo, en el que se prenden á tiempo de elevarse.

Los lazos puestos en las matas donde se cobijan hacen también sus presas.

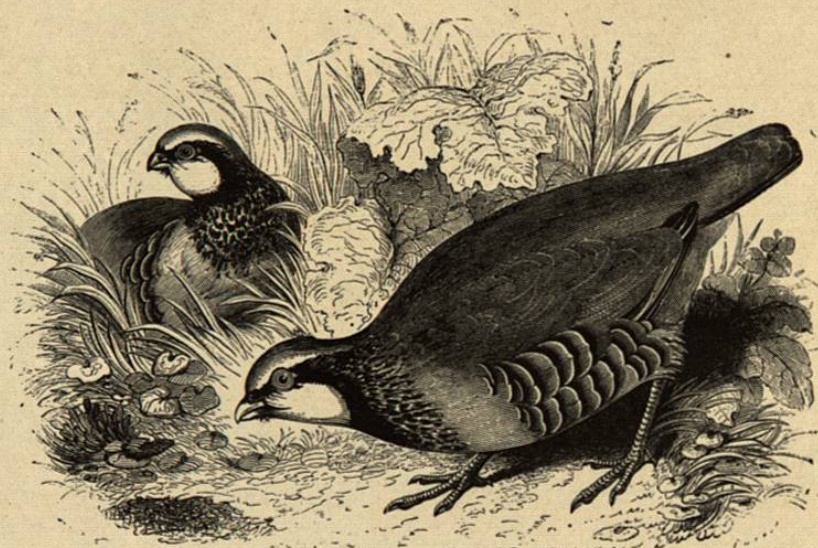
Tomo III.—Caza mayor y menor

En la montaña del centro y mediodía de Europa no puede emplearse este procedimiento, porque son mucho menos frecuentes y no hay más remedio que recurrir al tiro para poderlas cazar, que es, á nuestro en-

tender, la única manera digna del verdadero cazador que estima más el arte que el lucro. En el ducado de Aosta, en Saboya, en el Tirol, Suiza, Transylvania y en nuestros Pirineos centrales, se cazan accidentalmente, si se encuentran al paso, cuando se va á caza de rebecos; porque, como no son muy frecuentes, no vale la pena de hacer ascensión á la región de las nieves para el caso problemático de dar con una bandada, y más problemático aún de poder tirarles. En el caso de ver una bandada, no siempre se llega á tiro; pero se puede onseguir, porque se posan otra vez en tierra á los cien

pasos, ó poco más, si se levantaron sin oír detonación de arma.

Con un buen perro de muestra que cace muy corto se puede perseguir una bandada hasta hacer los dos primeros tiros si son seguidos, porque es caza que aguanta poco y vuela^a lejos una vez que ha sido fogueada: por eso conviene asegurar la primera pieza, porque es más que probable no poder tirar dos veces en un mismo día á la misma bandada, pues vuelan muy rápidamente y muy lejos, haciendo infructuosa su persecución, dado el terreno que habitan.



CAPÍTULO XXXI

LA PERDIZ
SEGÚN LOS CAZADORES NATURALISTAS

TRAS las estrofas del cazador que con esto más ó menos sublime canta las excelencias de la perdiz y su caza, merecen señalado albergue las narraciones del cazador naturalista y observador señor Torres Ayllón.

De todas las aves silvestres la perdiz es la que más se ha extendido por la superficie del globo, á pesar de

no habitar sino la zona templada; y, por lo tanto, es la más conocida de los cazadores.

Pertenece á la familia de las *perdicida*, del orden de las gallináceas, y es conocida en la ciencia por *perdix cinerea*, Briss.

Según los países que habita, difiere el color de su pluma y algún otro de los caracteres que la distinguen, dando esto origen á las *variedades* que de ella se derivan.

El mismo Brissón reconoce otra especie, que llama *perdix græca*, á la que Meyer nombró *perdix saxatilis*